

Charles Baudelaire

# Las flores del mal

Versión española de Antonio Martínez Sarrión

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Les fleurs du mal*

Esta traducción fue publicada por primera vez en edición bilingüe en 1977 por La Gaya Ciencia en su colección de Poesía.

Primera edición: 1982

Cuarta edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)

Imagen: © Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Antonio Martínez Sarrión, 1977, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-886-8

Depósito legal: M. 11.105-2022

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Nota del traductor

Decididamente nuestro autor no fue un hombre de suerte. Y su mala racha continúa. Los grandes poetas que fueron más o menos sus coetáneos, van siendo vertidos al castellano con aceptable decencia, con mayor o menor felicidad. Charles Baudelaire, cuyo caso, en opinión de Jouve, «es el caso del mundo moderno», como su problema «es el de la poesía moderna», parece arrastrar un muy especial maleficio en nuestro idioma. Que yo recuerde, desde la inefable versión rimada de la piana Marquina (aquello de «voluptad» no tenía precio), el cúmulo de atentados contra su poesía, aquí y al otro lado del Atlántico, no ha finalizado. Sólo Díez-Canedo, en la benemérita y antañona Austral, acertó con los *Pequeños poemas en prosa*.

Esta versión de *Las flores del mal*, sin duda llena de faltas, nació con voluntad de desagravio y justicia. No sé hasta qué punto cumplirá su propósito.

Es bien sabido que una de las trampas del traductor de poesía consiste en aventurarse en la imposibilidad de conservar la rima. Se ha prescindido de ella en esta ocasión. No así, en cuanto ha sido posible, del ritmo y de la métrica. Respecto a ésta, algunas advertencias: la carta de naturaleza que Darío otorgó al alejandrino en la poesía moderna de nuestra lengua, ha facilitado la traducción de los poemas en este metro. No ha ocurrido así en

aquellos que utilizan el heptasílabo u otros metros poco usuales en castellano, que han planteado no pocos quebraderos de cabeza al que suscribe. Un poco guiado del instinto y tratando de no conculcar el sentido (pero ya se sabe: *traduttore = traditore*), he ido resolviendo los casos, adaptando el metro original, cambiándolo y aun combinando ambos procedimientos, con evidente repercusión disonante en ciertos resultados. Por otra parte, y no importa que se tome como coartada en mi pliego de descargos, se me ha hecho evidente que no todos los poemas de *Las flores* son excelentes, ni mucho menos. O que no todos me tocaban por igual. Éstos –los mal amados– sospecho que han salido esquilados del empeño.

En cuanto al tono, he procedido de acuerdo con las sabias consideraciones de un eminente filólogo: Federico Nietzsche, quien, en una de sus cartas, habla ya –él tan francófilo– del exasperante énfasis retórico de los literatos franceses. Resonancias de los dramaturgos del *grand siècle*, del peor Hugo, de algún helado parnasiano, afloran insidiosamente de vez en vez en Baudelaire. La cordura y los cuaresmales tiempos que corren aconsejaban quitar oropel y desmesura gestual. La versión se ha pretendido guiada por la naturalidad y el tono quiere ser, en gran medida, el coloquial a que nos tiene acostumbrados la mejor poesía actual. Ésta es la razón por la que el curioso lector podrá comprobar, entre otras licencias, la poda de tantos molestos signos de admiración.

De entre las ediciones francesas solventes, me he inclinado por la que preparó para Éditions du Seuil Marcel A. Ruff, aparecida en 1968. De ella son tributarias gran parte de las notas que se incluyen a pie de página. La ordenación secuencial de los textos también ha seguido el criterio del profesor galo, el cual, en lo posible, adopta el sistema cronológico. Sabido es que las dos primeras

ediciones de las *Fleurs* en vida de su autor (1857 y 1861) y la póstuma de 1868 no contienen el mismo número de piezas. Dado el carácter de la presente, me ha parecido excesivo fechar a pie de página el presunto año de composición del poema o su pertenencia a una u otra de aquéllas. Los seis famosos poemas condenados por el Tribunal Correccional de París en 1857—«Lesbos», «Mujeres condenadas (Delfina e Hipólita)», «El Leteo», «A la que es demasiado alegre», «Las joyas» y «Las metamorfosis del vampiro»—aparecen en su lugar correspondiente y no aislados del conjunto como se estiló en ocasiones. Me ha parecido interesante incluir, a modo de apéndice, diversos proyectos de prólogo del autor destinados a la segunda y tercera edición, que no llegaron a imprimirse al frente de ellas. Apuntan elementos de una poética que, sin duda, hay que rastrear con más provecho en la crítica de arte o en *Mi corazón al desnudo*.

La presente edición se quisiera a caballo entre el respeto a la letra y la recreación del texto, de la cual hay excelsos ejemplos en nuestras letras contemporáneas: Jorge Guillén u Octavio Paz, sin ir más lejos. Sospecho que se vence con preferencia al primer procedimiento.

De entre los testimonios y estudios que, a lo largo de más de un siglo, jalonan la obra de Baudelaire, se me perdonará que cite *in extenso* un texto del malicioso Sainte-Beuve, que me gusta mucho, tanto por su vigor estilístico como por ese toque de ambigüedad y de sorna que, sin conseguir—ni pretender—descabalar de su altísimo pedestal al primer poeta rigurosamente contemporáneo, lo siluetea con afilados dardos en que se mezclan a mitades la admiración reticente y cierto envidioso desconcierto. Helo aquí: «Baudelaire ha encontrado el medio de edificar, en el extremo de una lengua de tierra tenida como inhabitable y más allá de los confines del

romanticismo al uso, un extraño quiosco, demasiado adornado, demasiado atormentado, más coqueto y misterioso, donde se lee a Edgar Poe, donde se recitan exquisitos sonetos, donde uno se embriaga con haschisch para razonar a continuación, donde se consumen opio y mil drogas abominables en tazas de acabada porcelana. A este singular quiosco, fabricado en marquetería, de una originalidad concertada y compuesta, que, desde hace tiempo atrae las miradas hacia la punta extrema del Kamchatka romántico, yo le llamo la locura Baudelaire».

Para finalizar, quiero que conste mi agradecimiento a las valiosas observaciones que me hicieron, y en buena medida recogí, Juan Benet, el cual leyó todo el manuscrito, y Jaime Gil de Biedma, que lo hizo en parte. El toque luciferino de Lou Reed desde el tocadiscos me acompañó no poco en la procelosa travesía.

A. M. S.

Primavera 1976

## Nota del traductor en 2012

Desde que en 1982, y en segunda edición, se incorporó este volumen al fondo de Alianza Editorial, no había vuelto sobre él. Ahora lo hago para correcciones muy puntuales, que abarcan desde supresiones, sustituciones y adiciones de palabras, y el enderezamiento de versos cojos o mal acentuados, hasta la incorporación de una nota a pie de página y la supresión y la leve modificación de otras dos. Me animó a esta relectura un libro impar sobre el poeta y su tiempo: *La Folie Baudelaire*, de Roberto Calasso, Adelphi Edizioni, Milano, 2008.

A. M. S.





# Las flores del mal



AL POETA IMPECABLE  
AL PERFECTO MAGO DE LAS LETRAS FRANCESAS  
A MI MUY QUERIDO Y MUY VENERADO  
MAESTRO Y AMIGO  
THÉOPHILE GAUTIER  
CON LOS SENTIMIENTOS  
DE LA MÁS PROFUNDA HUMILDAD  
DEDICO  
ESTAS FLORES ENFERMIZAS  
Ch. B.



## Al lector

Afanan nuestras almas, nuestros cuerpos socavan  
la mezquindad, la culpa, la estulticia, el error,  
y, como los mendigos alimentan sus piojos,  
nuestros remordimientos, complacientes nutrimos.

Tercos en los pecados, laxos en los propósitos,  
con creces nos hacemos pagar lo confesado  
y tornamos alegres al lodoso camino  
creyendo, en viles lágrimas, enjugar nuestras faltas.

En la almohada del mal, es Satán Trimegisto<sup>1</sup>  
quien con paciencia acuna nuestro arrobado espíritu  
y el precioso metal de nuestra voluntad,  
íntegro se evapora por obra de ese alquímico.

¡El diablo es quien maneja los hilos que nos mueven!  
A los objetos sórdidos les hallamos encanto  
e, impávidos, rodeados de tinieblas hediondas,  
bajamos hacia el Orco un diario escalón.

Igual al disoluto que besa y mordisquea  
el lacerado seno de una vieja ramera,  
si una ocasión se ofrece de placer clandestino  
la exprimimos a fondo como seca naranja.

---

1. *Trimegisto*: literalmente «el tres veces más grande», calificativo habitual del seudo-Hermes (siglos III-IV), a quien se atribuyeron numerosas obras filosóficas y religiosas de carácter esotérico.

Denso y hormigueante, como un millón de helmintos<sup>2</sup>,  
un pueblo de demonios danza en nuestras cabezas  
y, cuando respiramos, la Muerte, en los pulmones  
desciende, río invisible, con apagado llanto.

Si el veneno, el puñal, el incendio, el estupro,  
no adornaron aún con sus raros dibujos  
el banal cañamazo de nuestra pobre suerte,  
es porque nuestro espíritu no fue bastante osado.

Mas, entre los chacales, las panteras, los lincees,  
los simios, las serpientes, escorpiones y buitres,  
los aulladores monstruos, silbantes y rampantes,  
en la, de nuestros vicios, infernal mezcolanza

¡hay uno más malvado, más lóbrego e inmundado!  
Sin que haga feos muecas ni lance toscos gritos  
convertiría, con gusto, a la tierra en escombros  
y, en medio de un bostezo, devoraría al Orbe.

¡Es el Tedio! – Anegado de un llanto involuntario,  
imagina cadalsos, mientras fuma su yerba.  
Lector, tú bien conoces al delicado monstruo,  
– ¡hipócrita lector – mi prójimo – mi hermano!

---

2. *Helmintos*: larvas parásitas.

*Spleen* e ideal





## 1. Bendición

Cuando, por el mandato de un supremo poder,  
aparece el Poeta en este mundo hastiado,  
aterrada y lanzando mil blasfemias, su madre  
alza su puño a Dios, el cual de ella se apiada:

– «¡Ah! que no haya parido un nido de reptiles,  
antes de alimentar esta cosa irrisoria!  
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros  
en que mi propio vientre concibió este castigo!

»Puesto que me elegiste entre todas las hembras  
para ser la desdicha de mi triste marido,  
y no podría ahora arrojar a las llamas,  
como carta de amor, a este pequeño monstruo,

»haré yo que recaiga el odio que me abruma  
sobre el útil maldito de tu perversidad,  
y tan bien torceré este árbol miserable  
¡que ni brotarán de él sus apestadas yemas!».

Aplaca de este modo la espuma de su rabia  
y, sin imaginar los eternos designios,  
ella misma prepara al fondo de la Gehena<sup>1</sup>  
las llamas consagradas a los maternos crímenes.

Entretanto, cuidado por un Ángel oculto,  
el niño abandonado se emborracha de sol

---

1. *Gehena*: valle del Hinnom que bordeaba a la antigua Jerusalén, y designaba el Infierno en el lenguaje figurado de la Biblia.

y en todo lo que bebe y en todo lo que come  
vuelve a encontrar el néctar bermejo y la ambrosía.

Y juega con el viento y con las nubes habla  
y se embriaga cantando camino de la cruz;  
y en su peregrinaje, el Espíritu amigo  
llora al verle contento como un ave del bosque.

Los que él quisiera amar se muestran recelosos  
o bien, exasperados con su tranquilidad,  
buscan a alguien que quiera causarle algún dolor  
y hacen en él ensayos de su temple feroz.

En el pan y en el vino que ha de probar su boca  
mezclan, con la ceniza, impuros salivazos;  
farisaicamente, rechazan cuanto él toca  
y se acusan de haberse interpuesto en su vía.

Su mujer va gritando a través de las plazas:  
«Pues tan bella me encuentra que me quiere adorar,  
adoptaré el oficio de los antiguos ídolos  
y de nuevo, como ellos, me haré cubrir de oro;

»y me emborracharé de nardo, incienso y mirra  
y de viandas y vinos y de genuflexiones,  
para ver si consigo de un corazón ferviente  
usurpar, entre burlas, divinos homenajes.

»Cuando, al cabo, me aburran esas farsas impías,  
sobre él extenderé mi mano firme y frágil  
y mis uñas, parejas a las de las arpías,  
hasta su corazón sabrán encontrar brecha.

»Como pájaro joven que tiembla y que palpita  
arrancaré en su pecho el rojo corazón

y para que se nutra mi bestia favorita  
al suelo, desdeñosa, yo se lo arrojaré».

Al Cielo, en que sus ojos ven un sitial espléndido,  
sereno alza el Poeta sus brazos compasivos  
y los vivos relámpagos de su lúcido espíritu  
le ocultan el aspecto de los pueblos furiosos:

—«¡Bendito seáis, Señor, que dais el sufrimiento  
como divino bálsamo de nuestras impurezas  
y como la mejor y la más pura esencia  
que dispone a los fuertes a las delicias sacras!

»Yo sé que reserváis un puesto a los Poetas  
en las gozosas filas de las legiones santas  
y que les invitáis a las eternas fiestas  
de Tronos, de Virtudes y de Dominaciones.

»Sé bien que el sufrimiento es la única nobleza  
donde no morderán la tierra y los infiernos,  
y que para trenzar mi mística corona  
los tiempos y los mundos contribuirán de grado.

»Mas las joyas perdidas de la antigua Palmira<sup>2</sup>,  
los metales ignotos, las perlas de la mar  
no serán suficientes, aun por Vos engarzadas,  
a esa bella diadema clara y deslumbradora;

»pues no estará engastada sino de pura luz,  
surgida del hogar de los rayos primeros,  
de la que los mortales ojos en su esplendor  
no son sino dolientes espejos empañados».

---

2. *Palmira*: ciudad de Siria que gozó de una gran prosperidad entre los siglos II y III, y que fue completamente destruida por Aureliano en el año 273.

## 2. El albatros

Por distraerse, a veces, suelen los marineros  
dar caza a los albatros, grandes aves del mar,  
que siguen, indolentes compañeros de viaje,  
al navío surcando los amargos abismos.

Apenas los arrojan sobre las tablas húmedas,  
estos reyes celestes, torpes y avergonzados,  
dejan penosamente arrastrando las alas,  
sus grandes alas blancas semejantes a remos.

Este alado viajero, ¡qué inútil y qué débil!  
Él, otrora tan bello, ¡qué feo y qué grotesco!  
¡Éste quema su pico, sádico, con la pipa,  
aquél mima, cojeando, al planeador inválido!

El Poeta es igual que este señor del nublo,  
que habita la tormenta y ríe del balletero.  
Exiliado en la tierra, sufriendo el griterío,  
sus alas de gigante le impiden caminar.

### 3. Elevación

Por encima de estanques, por encima de valles,  
de montañas y bosques, de mares y de nubes,  
más allá de los soles, más allá de los éteres,  
más allá del confín de estrelladas esferas,

te desplazas, mi espíritu, con toda agilidad  
y, como un nadador que se extasía en las olas,  
alegremente surcas la inmensidad profunda  
con voluptuosidad indecible y viril.

Escápate muy lejos de estos mórbidos miasmas,  
sube a purificarte al aire superior  
y apura, como un noble y divino licor,  
la luz clara que inunda los límpidos espacios.

Detrás de los hastíos y los hondos pesares  
que abruman con su peso la neblinosa vida,  
¡feliz aquel que puede con brioso aleteo  
lanzarse hacia los campos luminosos y calmos!

Aquel cuyas ideas, cual si fueran alondras,  
levantan hacia el cielo matutino su vuelo,  
– ¡que planea sobre todo, y sabe sin esfuerzo,  
la lengua de las flores y de las cosas mudas!